

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## MADRID

	Resetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

## PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Sem. ....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	8 pesos

## CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN. 2,50

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.

# El Motin

## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

## NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## EN FAMILIA

A LOS LECTORES DE "EL MOTIN"

Mis queridos amigos: Seguiré charlando con ustedes. Necesito variar de estilo para no aburrirme. Los idólatras se van poniendo insoportables de puro pesados: no saben salir de la misma cantilena: «que si soy esto, que si soy lo otro...» «que si sirvo a la monarquía...» «que si me he vendido a ella».

Toda la gentuza que habla de venta debe haber calculado muchas veces la cantidad por la que se prostituiría. Las vírgenes contrahechas y sucias que aguardan desesperadas un desflorador con dinero, no conciben que haya quien se entregue por amor. ¡Qué asco de tropa!

Caballeros que no me conocen, que si saben algo de mí es que sostuve contra los conservadores una campaña que aún se recuerda, y que siempre defendí la República, se creen autorizados a tirarme chinillas. ¡Flaquezas humanas!

Siempre creí que da mucha fuerza y presta gran valor el no subordinar las acciones al interés personal, y que hay que ser honrado, no sólo por deber, sino por cálculo; pero no lo había comprobado hasta ahora.

Si los idólatras me vieran quitar sonriendo las fajas de sus periódicos, padecería mucho su amor propio. Crean al escribir sus artículos que van a sacarme de quicio, y sólo consiguen divertirme. Cada vez que columbro el título de EL MOTIN o mi nombre, ya sé, punto más, punto menos, lo que voy a leer. A veces no puedo contener una carcajada: los necios resultan graciosos a lo mejor.

En ocasiones me hago esta pregunta:

Si la monarquía comprara republicanos, ¿pertenece la mayoría de mis detractores al partido? ¡Qué! Así como las monjas aquellas, con el ansia que es de suponer, preguntaban en un día de revolución «¿cuándo tocan a violar?», así ellos exclamarían en cuanto olieren que se compraban conciencias: «¿cuándo nos toca el turno?» Y por cierto que con bien poco dinero podría hacerse la monarquía con un buen rebaño de ellos. Es verdad que para nada le servirían. Comprarme a mí, ya sería otra cosa, aunque le costaría muy barato, pues sólo pediría que se me entregase la relación de los que, pasando por republicanos, han sido polizontes de la monarquía, y la de los que han acreditado su lealtad en casas de juego.

Pero ¿cómo he de extrañar que me ocurra esto, al ver lo que le ocurre a Santa Marta, que no ataca a nadie y que ha procurado unirnos a todos?

Su nacimiento, su fortuna y el medio en que vivía lo alejaban de la democracia: sin embargo, a la democracia se afilió.

Que no le animaba el deseo de figurar, lo prueba el que durante la República sólo aceptó el cargo de delegado del gobierno en el Patrimonio de la corona, y esto contra su voluntad.

Después de la restauración continuó al lado del Sr. Pi, hasta que cuestiones de dignidad lo apartaron de él, pero no de su partido.

Persuadido de que sin la unión de los republicanos nada podía hacerse, inició la coalición de la prensa, de tan brillante resultado, y luego la Nacional, que despertó patrióticas esperanzas.

Fué a París, quedó de acuerdo con el Sr. Zorrilla, y al regreso se dedicó a trabajar por el triunfo de la República.

Creí que los coalicionistas se preocupaban demasiado de la lucha legal, y retiró su candidatura para diputado a Cortes a fin de volverlos a la realidad.

Abrió el Sr. Zorrilla el paréntesis, sin consultarle siquiera y matando así la coalición, y calló por no promover nuevas excisiones en el partido, creyendo que se cerraría a los dos ó tres meses.

Al ver que se prolongaba, y que de muchos puntos le excitaban a que hablase, publicó su Manifiesto de 15 de Agosto de 1891 en que se limitaba a fijar su actitud enteramente dentro de las bases de la coalición.

Pues bien; este hombre, que podía vivir tranquilo y sosegado, puesto que a nada personal aspira, se ha visto y se ve combatido también de una manera ruda é injusta.

No pueden decirle que se ha vendido a la monarquía, porque el que lo oyera se echaría a reír, pero en cambio lo calumnian en sus intenciones.

Cuando inició la coalición, los piístas lo tacharon de perturbador, y cuando fué a París, de zorrillista, haciéndole una guerra rastrera y miserable. Los zorrillistas a su vez le adulaban hasta que consiguieron lo que deseaban.

Publicado el Manifiesto, se desataron contra él. Al igual que los piístas antes, le echaron en cara hasta el título que llevaba; la sangre aristocrática de tales señores debió arder ante la idea de que un marqués fuese demócrata y ayudase a hacer la revolución.

El periódico *La República*, fundado y costeado por Santa Marta, se puso en estado de legítima defensa y devolvió golpe por golpe, secundado por mí, que me había puesto resueltamente al lado del marqués desde el día que vi que cumplió lo que había ofrecido, y que era el único que había puesto en armonía sus obras con sus palabras.

Le acusaron de ambicioso, de querer arrebatarse la jefatura revolucionaria al Sr. Zorrilla, y de no sé cuántas cosas más. Trataron de deprimirle tanto como antes lo habían ensalzado, y no se detuvieron ante ninguna consideración ni ante ningún respeto.

Llegó un día en que un republicano, el Sr. Muro, visitó al marqués para pedirle que depusiera su actitud (la que la injusticia le había hecho adoptar), mientras él procuraba que los jefes se unieran; y el perturbador, el aspirante a jefe accedió contentísimamente a la petición, y para dar una prueba de su buen deseo, se despojó voluntariamente del arma con que se defendía, el periódico *La República*. Ni Muro consiguió nada, ni cumplió lo que había ofrecido de ir a la unión con los jefes ó sin los jefes; pero el marqués continúa apartado de la lucha candente de la política republicana, haciendo votos por la unión de todos, dispuesto a los sacrificios que el bien de la patria le exija, y a las órdenes de cuantos tomen iniciativas enérgicas que no redunden en su exclusivo provecho.

¿Y voy, repito, a extrañar que se me calumnie, cuando todos los servicios de Santa Marta y todas sus nobles iniciativas no han tapado la boca de los mamarrachos que abundan en el campo republicano? Pretensión ridícula sería.

Siempre fué ocasionado a percances el papel de redentor, mas nunca como ahora. Ayer se contentaban con crucificarlos, ó quemarlos, ó ahorcarlos: hoy la crueldad es mayor: se procura deshonorarlos. Mas como todos los oficios tienen quiebras, el de calumniador resulta sumamente estéril cuando se tropieza con hombres que saben imitar a Júpiter en lo de sa-

cudir su vestidura para que caiga al suelo el producto de la única industria que cultivan los escarabajos.

Toman pretexto de que yo ataco a los jefes, para ladrar contra mí, estando todos convencidos de que tengo razón.

No soy yo quien ataca a los jefes, es su historia que se les echa encima; son diecisiete años de vacilaciones, de quietismo, de guerra entre ellos, ó de tentativas mal dirigidas; un partido poderoso perturbado y desquiciado por su causa; muchos hombres apartados de su camino, muchas inteligencias oscurecidas, muchas energías sofocadas; las masas que han abandonado en gran número el republicanismo; millares de jefes y oficiales en los cuadros de reserva y en la escala de reserva, sin ascensos y con la paga mermada por tener ideas republicanas; la clase de tropa privada de seguir la carrera militar; unos cuantos valientes fusilados; algún muerto en la emigración; muchos enfermos a causa del presidio; viudas, huérfanos...

Mas para los idólatras no está el mal en que esto ocurra, sino en que se diga. Comprendo la leyenda del Cid puesto a caballo en su silla después de muerto para ganar batallas a los moros, mas no que nosotros nos empeñemos en hacer ver que están vivos para la revolución cadáveres de hombres que nunca fueron Cides.

Pero en suma. ¿He dicho algo que no repitamos a cada instante? ¿es un secreto de Estado el que cada fracción republicana es impotente para traer la República y mucho menos para consolidarla? ¿que los jefes no se pueden ver? ¿que no quieren la revolución? Entonces ¿qué gritar tanto?

¿Que ayudo a la monarquía combatiéndolos? Recurso pueril. Hágase lo que he propuesto, y se verá si estamos otros diecisiete años en la oposición.

¿Que me voy quedando solo? No es cierto; mas si lo fuese, peor para todos. Esto probaría que nosotros, que nos decimos partidarios de la verdad, la aborrecemos; que tenemos hábitos de servilismo que contradicen la democracia de que blasonamos; que merecemos, en una palabra, los jefes que en desgracia nos han caído.

Además, ¿de qué se quejan? Sin mí, sin mi campaña, nadie hablaría hoy del partido republicano; tan a menos lo han traído sus directores y tan en poco lo van teniendo los monárquicos.

Lo malo es que aquí todos hablan contra los jefes, pero muy pocos tienen el valor de combatirlos cara á cara; prefieren el chisme mujerial á la entereza masculina. En privado todos estamos conformes; en público muchos se ponen una careta, y tras ella disparatan en nombre de la consecuencia y la pureza de la doctrina.

Pero lo más triste y lo más lamentable no es que se calumnie a este ó aquel republicano; después de todo, eso únicamente afecta al que es blanco de la calumnia. Lo que apena, lo que desespera es que no nos haya quedado energía mas que para estas miserias; que respiremos en una atmósfera artificial; que aceptemos como verdades las mentiras, sabiendo que lo son; que cerremos los ojos para no ver; que nos tapemos los oídos para no oír; que no nos apasionemos sino por lo personal, y, en fin, que discutamos en vez de obrar.

A los restauradores, cuando estaban en la oposición, los unía una idea común, como todavía los une: la monarquía. Si se hubieran entretenido en discutir si había de ser de esta ó aquella forma, no hubieran triunfado en Sagunto. Entre nosotros hay,





D. Eduardo Baselga.

*Lit. Romillo, Fuentes. 11. MADRID.*



en cambio, quien quiere que se diga de antemano si las horas van á continuar teniendo sesenta minutos como hasta aquí, y quien sostiene que esto no debe ser, porque acusa un respeto exagerado á la tradición.

No concordamos en nada en público, y, no obstante, en la intimidad estamos casi de acuerdo en todo.

Somos, además, esclavos de una porción de *mentiras convencionales*.

Hemos convenido en aparentar creer que Pi tiene un partido, y lo proclamamos así, á sabiendas de que no le queda un hombre verdaderamente importante y que las masas se le han ido al socialismo; que Salmerón tiene un estado mayor lucido, y apenas podría formar ministerio; que Ruiz Zorrilla dispone de la gente revolucionaria, y en diecisiete años se han sublevado en favor suyo tres ó cuatro paisanos.

Hemos acordado que Fulano de Tal es de los buenos, y, sin embargo, sabemos que ese Fulano nunca hizo nada que mereciera la pena de narrarse. «¡Oh! ¡Mengan! Ese es de los antiguos.» Y repasamos la historia de Mengano, y sacamos en claro que en toda su vida hizo otra cosa que pasear el fusil por las calles, y que cuando se le presentó ocasión de dispararlo el 3 de Enero, ni el diablo sabe dónde se metió ni lo que hizo.

Vociferamos que somos los más y los más independientes, y apenas si reunimos doce diputados en unas elecciones generales. Y, ó no somos tantos como decimos, ó no vamos á votar, ó nos dejamos engañar y atropellar por los monárquicos; que elija cada cual uno de esos tres términos, ú otro que omito.

Estamos todos dispuestos á hacer los mayores sacrificios por la revolución, decimos, y ninguno damos dos reales ni exponemos el apreciable bulto por ayudar á su triunfo. Eso sí, en comités, casinos, cafés y *meetings* cada uno de nosotros puede derribar veinte monarquías.

¿Y hemos de seguir siempre así? ¿Y no ha de haber quien ponga la verdad en su punto, y quien trueque contra esas *mentiras convencionales*? ¿Y vamos á continuar toda la vida de este modo, hechos unos necios y unos mandrias, sumisos á la voluntad de tres hombres, disculpando nuestra inercia con la suya y lanzando bravatas cómicas?

Lo que parece mentira es que, sabiendo cada cual lo que pasa dentro de su partido, nos atrevamos á hablar de levantados propósitos, de fuerzas incontrastables, de hombres eminentes, fraseología convencional con que ocultamos nuestra debilidad y nuestras deficiencias, nacidas del desmembramiento en que nos tienen las pasiones de tres hombres. Fijese cada republicano en lo que pasa en su localidad respectiva con los caballeros que todo lo mangonean; piense que lo mismo ocurre en todas partes y en todos los organismos, y diga desapasionadamente si no es indispensable hacer la revolución en nuestro campo antes de intentar la nacional.

La llaga es honda, pero no incurable; por creerlo así trabajo en su extirpación. Hay en el partido republicano mucho elemento sano, retraído en parte y en parte eclipsado por la turba vocinglera; hombres de historia limpia á quienes su carácter severo perjudica; otros que están preteridos por que en esta ó aquella ocasión tuvieron un arranque de independencia, y que como no chillan, ni vociferan, ni quieren acercarse á tomar puesto en primera fila, nadie los ve ni los toma en consideración; y hay también una gran masa que no piensa en destinos ni en medros, y que sólo aspira á ver implantada la República.

Con todos estos elementos y los hombres de buena voluntad que están afiliados á un partido, pero que se unirían á los que intentaran hacer algo práctico, se podría formar un núcleo más poderoso, más independiente y más decidido que todos los actuales, si los jefes persistieran en permanecer separados, impidiéndonos así unirnos á ellos.

Si no se forma, y pronto, ese núcleo frente al carlismo, que se organiza á toda prisa en previsión de acontecimientos que podrán tardar más ó menos, pero que vendrán, seremos responsables de las desdichas que sobre la patria y la libertad vengan; y no podremos siquiera echar la culpa á los jefes, porque la tendremos todos; nosotros en mayor grado que ellos, porque vimos el peligro y nos entretuvimos en discutir cuando debimos obrar, en suplicar cuando era necesario imponernos.

Que las provincias se organicen: pocos hombres independientes y enérgicos en cada una bastan para llevarlo á cabo. Y una vez organizadas, que convoque á los representantes de todas la primera que lo haya conseguido, y á convenir en lo que debe hacerse. Como no vamos á discutir personalidades ni doctrinas, bien pronto nos entenderemos.

Una vez reunidos y conformes, procedamos á nombrar un directorio, confiriéndole los poderes necesarios para que pueda resolver libremente en todo aquello que responda al objeto de la organización.

¿No conseguimos unir á los jefes ni tenemos poder bastante para organizarnos frente á ellos? Pues á llorar como mujerzuelas lo que no supimos imponer como hombres.

JOSÉ NAKENS.

## PARECIÓ EL HOMBRE

Andaba loco buscando un hombre de condiciones excepcionales que salvase la patria y la República. Ya pareció, y cuando desesperaba de encontrarle. Allí va su nombre: D. Francisco Pi y Margall.

Si hasta aquí se había revelado como utopista, desde hoy hay que considerarle como hombre de Estado eminentísimo. ¿Lo duda alguien? Pues que lea algo de lo que acaba de decir á los pactistas de Guisona:

«Desoid á los que os dicen que pleguéis la bandera. Podría ser oportuno plegarla la víspera de una batalla, no cuando se ignora el día y el lugar del combate. Aun entonces deberíamos pelear con el firme propósito de constituir á la vez la federación y la República.»

Me encantan los caracteres enérgicos, inflexibles, de una sola pieza, como el del Sr. Pi. Nada de plegar la bandera ante las desdichas de la patria, esa bandera que en su mano vigorosa se cubrió de gloria el 3 de Enero, y que en los años que llevamos de restauración ha sabido colocar tan alto el nombre republicano.

Hace bien en aconsejar á los pactistas que no pleguen la bandera sino la víspera de la batalla. Los que dicen que los ejércitos deben prepararse con tiempo, dicen una tontería. El día antes; conque lo hagan el día antes basta y sobra. Prepararse con tiempo; ¡bah! eso se deja para los peleles como Moltke y Bismarck, imbéciles que, no sabiendo cuándo iban á luchar con Francia, se preocuparon tantamente años y años de la organización del ejército prusiano. Pero así les salió ello. Aprendan, aprendan de nuestro gran Pi táctica política y militar.

Lo de implantar á la vez la federación y la República pinta al hombre de Estado eminente y al republicano eximio. El pactismo traerá complicaciones sin cuento, y quitará unidad á la acción del gobierno; pero en cambio, como los carlistas están bien organizados, se echarán al campo cuanto se proclame la República, y váyase lo uno por lo otro.

Más adelante manda á los pactistas fijar la mirada en los Estados Unidos, que no pagan religión alguna, y para sesenta millones de habitantes tienen veinticinco mil hombres de ejército activo. Nuevo ruego de estadista. Los Estados Unidos, nación de ayer y formada por un pueblo protestante, ha podido obrar libremente en punto á religión; y enclavada en un continente antimilitar, no necesita grandes ejércitos para su defensa. El Sr. Pi sabe que la comparación no puede establecerse con España, mas sin embargo la hace. Ante su noble deseo de pasar por consecuente, nada significan la historia, la verdad ni el sentido común. Hombres así necesitan los pueblos para salvarse.

Y termina de este modo su carta:

«Ni antes ni después del triunfo consintáis ni en plegar la bandera ni en romper filas.»

Así, así. ¡Al aire la banderita aunque la abatan á balazos los carlistas, ó precisamente para eso, y á no romper las filas hasta que también las abran á cañonazos! ¡Qué lástima que no pudiera volver á nombrar ministro de Marina á aquel célebre Anrich para que pusiese á disposición de los carlistas la armada española!

Por falta de espacio no inserto en este número la carta que D. Carlos debe dirigir al ciudadano Pi dándole las gracias por el celo é interés con que le ayuda. En el próximo la insertaré.

## PALOS Y PEDRADAS

Dije en el número anterior que los diputados dejaban que los presupuestos se discutieran solos y se iban á los frontones.

Por si alguien lo dudó, allá va esa noticia:

«Acusado de estafa de 1.030 pesetas por el diputado á Cortes D. Francisco Martín Sánchez, un cabo de la guardia civil prendió y puso á disposición del juzgado de guardia á Raimundo Ferro Arriaga, corredor de apuestas del Jai-Alai, quien ingresó después en la Cárcel-Modelo.»

El diputado mandaba cobrar las apuestas que ganaba al corredor, y éste se las guardaba santamente.

Los electores de ese diputado, que le mandaron al Congreso á defender los intereses de la nación, tienen la palabra en este asunto.

Varios periódicos elogian la mascarada cívica que prepara para el centenario don Bosch-Cibeles, y creen que será de gran efecto ver á Colón, á Gonzalo de Córdoba, al padre Marchena, á los Reyes Católicos y á otros personajes históricos representados por cuatro ganapanes.

Yo, en cambio, sigo creyendo que debía haberse atendido antes á la creación de las treinta escuelas que propuso la comisión, siquiera para que dentro de algunos años todos los concejales supieran leer y escribir correctamente y con propiedad.

Y á propósito de la mascarada, tengo la satisfacción de decir que la minoría republicana ha votado en contra.

Imparcialidad ante todo.

Habla *La Unión Republicana*, de Pontevedra, de la conducta de varios periódicos, y dice:

«Respecto á *El Morín*, creemos que tiene fisonomía propia sostenida con cierta habilidad, y que desempeña un papel de diabólica discordia cuyos buenos resultados quizás toquemos todos muy pronto.»

Por esto trabajo: por tocar buenos resultados. Si no lo consigo, culpa será de otros, no mía.

Lo que ignoraba hasta que el apreciable colega lo ha dicho, es que ya se calificase de habilidad el hecho sencillísimo de decir la verdad sin ambages ni rodeos.

Que es, en suma, lo único que hago.

Dice un colega que las dos grandes empresas ferroviarias, desde que se presentó el proyecto en el Senado de *Ley de concesión y derechos de introducción*, vienen confeccionando los *barems y tarifas* con arreglo al proyecto, como si éste estuviese ya aprobado y sancionado.

Esto prueba una vez más que los gobiernos en España están á merced de las grandes empresas, que les imponen su voluntad y su criterio y que muchas veces influyen en su estabilidad en el poder.

Así se burlan de nosotros esas empresas y nos explotan y nos arruinan.

Algún periódico elogia á la minoría republicana del ayuntamiento de Madrid porque ha pedido la supresión del impuesto de consumos.

Si por pedir lo que se sabe de antemano que nos han de negar se adquiere fama, allá voy yo:

Pido la supresión de ese impuesto, y además que el municipio se encargue de llevarle gratis á cada ciudadano todas las mañanas lo que desea comer y beber aquel día.

¡Aplaudid, inocentes!

Enumerando *El País* las diferentes clases que forman su partido, dice:

«En nuestra junta directiva hay algunos millonarios.»

Lo que traslado á los emigrados que se acogieron á la amnistía y andan por aquí sin comer y mal vestidos, para que se presenten á ellos y salgan de su insostenible situación.

Una junta directiva donde hay millonarios, sólo por ignorancia puede consentir que estén sin comer los que expusieron la vida por su partido.

Diez millones va á costar la llamada Plaza de la Anarquía.

Las calles sucias, el alumbrado deficiente, focos de infección en muchos puntos, los carruajes sin poder transitar por las afueras, ¡y gastar diez millones en una placita! Esto sin contar con que el municipio está lleno de ingleses.

Este Bosch es una calamidad municipal, y padece lo que tiene á muchos infelices en un manicomio: delirio de grandezas.

Habría que ponerlo en observación.

La cantidad ingresada el día 4 en *Fiesta Alegre*, por travesas de uno y otro bando, ascendió á *dieciocho mil y pico de duros*.

En cambio en un mes próximamente se han suicidado veinticinco personas en Madrid, la mayor parte por no tener con qué alimentarse; y últimamente, el día 9, un infeliz llamado Pedro Gutiérrez, que había venido á buscar trabajo, se suicidó en las Ventas del Espíritu Santo, por no encontrarlo y carecer de pan.

Jugadores, ladrones y suicidas... Al paso que vamos, no va á haber más clases en España.

Continúa escandalosamente el juego en los frontones. Los miles de duros pasan de mano en mano á presencia de ministros, diputados y autoridades. Así se le quitan pretextos al anarquismo, así se le combate.

¿Qué de extraño tendría que pensase en la dinamita e infeliz que ve pasar tantos coches y sabe que se atraviesa tanto dinero en los frontones, mientras él tiene que estar diez horas asándose sobre un andamio para ganar dos pesetas?

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

En la semana próxima daremos un número EXTRAORDINARIO.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.